

ESTACIÓN
CENTRAL TRIS
ANTOLOGÍA

BIBLIOTECA DE CUENTO CONTEMPORÁNEO

Nº 39

ESTACIÓN CENTRAL TRIS

ANTOLOGÍA



MANTARRAYA EDICIONES

*F*ICTICIA

MÉXICO
2012

La realización de este libro contó con el respaldo del Gobierno del Distrito Federal a través del Fideicomiso Centro Histórico de la Ciudad de México, y de la Hostería La Bota a través de Mantarraya Ediciones y su Editor General, Antonio Calera-Grobet

ESTACIÓN CENTRAL TRIS

D.R. © Los autores

D.R. © Ficticia S. de R.L de C.V.

Primera edición: agosto 2012

FICTICIA EDITORIAL

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la colección: Rodrigo Toledo Crow

Cuidado de la edición y fotografía de la portada: Mónica Villa

Diseño de la portada: Armando Hatzacorsian

Consejero editorial: Raúl José Santos Bernard

Sierra Fría 220, col. Lomas de Chapultepec, C.P. 11000, México DF

www.ficticia.com

libreria@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI
(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida en todo, ni en parte, por ningún medio, sin la previa autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor.

Edición: noviembre de 2012

ISBN:

Impreso y hecho en México

**EL CENTRO HISTÓRICO ES
NUESTRO PATRIMONIO CULTURAL
¡CÚIDALO, DISFRÚTALO, CONSÉRVALO!**

CONTENIDO

PRESENTACIÓN.....	9
EL RETRATO POR PAULINA UGARTE CHELÉN.....	11
PLAZA DE LA ALHÓNDIGA POR FEDERICO FERNÁNDEZ CHRISTLIEB.....	15
COMO FOTO POLAROID POR GUILLERMO SAMPERIO.....	23
DULCE POR ADRIÁN CALERA-GROBET.....	27
LA NOCHE DE SANGRE INDIA POR DÁN LEE.....	33
EL DIPUTADO POR JESSICA ROBLES CALDERÓN.....	37
NOS SIGUEN MATANDO POR SERGIO LOO.....	49
EL JOROBADO DE NUESTRA SEÑORA DE LORETO POR LUCIANO PÉREZ.....	55
TORRE LATINO POR BERNARDO ESQUINCA.....	63
EMERGEN POR MIGUEL ANTONIO LUPIÁN SOTO.....	67
FANTOCHES POR GERARDO DE LA TORRE.....	71
MUSEO DEL TRAGO POR REBECA MATA.....	77
EL REGALO NAVIDEÑO DE TEZCATLIPOCA POR ELIZABETH FLORES.....	85
TAREA DE REDACCIÓN: MI CASA Y SU ENTORNO POR JESÚS IGLESIAS JIMÉNEZ.....	91
EL PAN NUESTRO POR PEDRO CARPINTERO.....	99

PRESENTACIÓN

El presente es lo que fue, es lo que será, parece decir esta nueva entrega de *Estación Central*, denominada *tris* por completar una trilogía de cuentos del Centro Histórico, relatos de una Ciudad de México enmarcados entre lo fantástico y lo real, la nostalgia y el fin del mundo, los dioses antiguos y los antihéroes modernos, las marchas, los personajes casi imposibles, las construcciones arquetípicas y la magia que oculta la otrora isla rodeada de cinco lagos.

En este libro como en los dos anteriores, *Estación Central* y *Estación Central bis*, los editores convocaron a un concurso literario en busca de cuentistas cuya fascinación por el centro los invitara a escribir un relato que compartiera páginas con escritores de distintas trayectorias y generaciones.

De tal certamen se publican los cuentos “El jorobado de Nuestra Señora de Loreto”, de Luciano Pérez, “El pan nuestro”, de Pedro Carpinteiro y “El diputado”, de Jessica Robles Calderón, trabajos que si bien poseen el común denominador de exaltar el deseo y sus consecuencias, marcan tres estilos de contar historias, narrativa que desenmascara el pasado en pos del presente, que en el presente son casi costumbristas, mientras que su apuesta fuerte es a futuro.

El resto de los escritores antologados llegan a *Estación Central tris* por invitación de los editores. Así, Paulina Ugarte Chelén se vale de uno de los oficios que aún se conservan

en el centro para crear un cuento malicioso, con vuelta de tuerca, en el que la ficción se ensambla en la realidad con un resultado sorprendente. Federico Fernández Christlieb se mete en el corazón de México, en donde al parecer todo es nostálgico a la vez que pesadillezco, mágico y sórdido y, por lo tanto, adictivo. Guillermo Samperio, con su don para contar historias fantásticas, lleva con maestría al lector en un carrusel que a veces entra en la ciudad y a veces sale, pero siempre con la magia de los grandes escritores.

Adrián Calera-Grobet hace sutiles juegos de humor negro para plantear un relato de espejos aderezado en sabores de pan dulce. Dán Lee habla de fantasmas en general y, de lucha libre, en lo particular, mientras que Sergio Loo narra un desenfado monólogo de la vida gay en el Centro Histórico.

Bernardo Esquinca, con su facilidad para estructurar cuentos, para crear personajes, nos adentra a la Torre Latino y sin que nos demos cuenta, nos deja encerrados entre su arquitectura de cristal. Miguel Antonio Lupián Soto narra cómo empieza el fin del mundo en una librería de viejo de Donceles y, cómo a partir de un libro, el personaje central de la historia busca su propia sobrevivencia. El maestro Gerardo de la Torre, con su prosa perfecta, hace la crónica de la gran manifestación de artistas que peleaban a favor de elecciones limpias en tiempos de Salinas de Gortari y el ingeniero Cárdenas.

Rebeca Mata da a conocer un museo ambulante de la embriaguez y su decadencia. Elizabeth Flores resucita, en un relato delirante, a un dios del México antiguo. Y Jesús Iglesias Jiménez llena el ambiente de tiempos idos.

Estación central tris se conforma de quince cuentos que son como quince campanadas de Catedral, un llamado para adentrarse en una de las ciudades más fascinantes del planeta.

EL RETRATO

Paulina Ugarte Chelén*

Don Jonás es ciego, lo que no le impide ser el mejor enmarcador de la calle de Corregidora. De hecho, yo creo que en esa carencia está su secreto. Sus molduras no son sólo cuatro listones de madera que sostienen una foto, una pintura o un dibujo. Se trata de verdaderas piezas artísticas.

Su taller está al fondo del patio, que es un tilichero, por lo que Jonás colocó un cordel que va desde la casa hasta el lugar de trabajo. Agarrado de esa cuerda se desplaza de un sitio a otro sin ninguna dificultad. La llama su telaraña.

Me contó que desde chico veía sólo sombras, así que su mundo siempre ha sido desenfocado. Yo pienso que por eso es tan buen tallador. Como tiene que palpar todo para conocerlo, se adentra en el alma de lo que toca. No quiero quitarle mérito a su talento, ¡no!, pero si yo pudiera tocar todo como él, seguro que también sería un experto para conocer la esencia de las cosas y la gente.

¿En qué estaba?

¡Ah, sí!

*Nació en Osorno, Chile, en 1973. Tiene estudios de Ciencias de la Cultura por la Universidad del Claustro de Sor Juana, y es Técnica de Artes Plásticas y Diseño en Engastado por la Escuela de Joyería del Atlántico, de Vigo, España. En 2010 ganó una mención especial del Premio de Literatura Infantil Juan de la Cabada con la obra *De cuando el tiempo se convirtió en música* (2012, Ficticia Editorial). En la actualidad es directora de la colección La Pequeña Ficticia. Reside en la Ciudad de México.

En que por vivir en un mundo desenfocado y tener que tocarlo todo es tan bueno para reconocer las intenciones de las personas.

Don Jonás es nuestro vecino y, por extraño que parezca, cuando mi mamá tiene que salir para entregar los pasteles que le encargan, me deja a su cuidado. Hombre raro, pero buena persona. Desde la primera vez que me quedé allí, Jonás me enseñó la cuerda y comentó:

—Siempre que sigas mi telaraña, darás conmigo.

Pasé mucho tiempo con él y lo vi atender a su clientela. Como dije: es raro. Aunque no tiene mucho dinero, en ocasiones se rehúsa a vender sus marcos a ciertas personas que llaman a su puerta.

—Los marcos son una cosa seria —me dice— y no se los puedo vender a cualquiera.

Yo digo que Jonás es medio brujo; con sólo agarrar las manos del cliente, sabe para qué quiere la moldura y, con eso, decide si se la vende o no.

Una tarde en la que le ayudaba a barnizar unas maderas, llegó Natalia, una niña de mi salón, y le encargó un marquito que tuviera muchas flores. Jonás, después de tocarla, le dijo:

—No me parece una buena idea, niña. Mejor vete a tu casa a pensar bien para qué quieres ese marco —y la despachó.

—¿Por qué no le quiere hacer el marco, Jonás?

—Mira, muchacho, hay personas que creen que quieren las cosas cuando, en realidad, sólo se trata de un capricho. Tú sabes que esa niña está enamorada de ti, ¿verdad?

Asentí.

—Bueno, pues lo que quiere es un marco para tenerte ahí colgado de sus pared y verte todos los días. ¿Eso es lo que quieres? ¡Estar allí, colgadote! Por eso le dije que no.

La verdad me pareció un poco ridícula su explicación y, como quería irme a comer un poco del pastel que había horneado mi madre, me despedí.

Pasaron varios días hasta que mi mamá me dejó de nuevo en casa del viejo.

—Oiga, don Jonás — le preguntó mostrándole un marco—, ¿no me vendería este?

Jonás le arrebató entonces la pequeña moldura que había agarrado mi madre y contestó:

—¡No, doña! Todos éstos son encargos.

—Bueno... le pido uno para la próxima vez que venga, ¿sí? —dijo mi madre, despidiéndose.

Me gustaba quedarme con él porque aprendía a usar sus herramientas y me contaba historias de aparecidos y fantasmas. Un día, como sin darme cuenta, terminé mi primer marco, ¡y sin su ayuda!

Entre tanto, cada vez que iba a casa de don Jonás, mi mamá me enviaba con un trozo de pastel y el recado:

—Dice mi mamá que, por favor, le haga su marquito.

Y cada vez, a mi regreso, ella preguntaba:

—¿Y? ¿Te dio algo para mí?

—Sí, las gracias por el pastel.

—¡Méndigo viejito! ¿Le dijiste que se lo voy a pagar, que no lo quiero regalado?

—Sí, má. ¿Y si te lo hago yo?

Nunca respondió, pero su silencio me dejó claro que ella quería uno de los famosos marcos de Jonás, no uno de su aprendiz.

Una tarde, mientras estábamos trabajando en el taller, Jonás creyó oír ruidos en su casa, así que se agarró de la

telaraña y fue hasta allá. Le bastaron dos pasos dentro de la casa para tropezar con quién sabe cuánta cosa. Corrí para ayudarlo.

—Alguien entró, muchacho. Este desorden no es el mío. Ayúdame a poner todo en su lugar.

Me impresionó verlo tan seguro de lo que tenía y del sitio que debía ocupar cada cosa. Pasó un buen rato de rodillas buscando un marco que nunca encontró.

—¿Dónde vive tu amiga Natalia? —preguntó refunfunando, dirigiéndose a la puerta.

—¿No creerá que fue ella, verdad, Jonás?

—¿Quién más, si no? Bueno, ahora vete a tu casa y cuídate ¡Cuídate mucho! ¿Entendiste?

A los cinco días, Jonás fue a mi casa y con su bastón tocó a la puerta.

—¡Don Jonás! ¡Qué sorpresa! —dijo mi mamá mientras se limpiaba las manos con el delantal.

—¿Y el niño? Hace mucho que no viene a verme.

—Se fue a pasar unos días con su papá. ¿Quiere una tacita de café?, lo acabo de preparar.

Mientras tomaban café en la cocina, los ojos esfumados de Jonás se perdieron en la pared que le quedaba enfrente. Mi madre, horrorizada, supo entonces que el viejo enmarcador la había descubierto. Los ojos del ciego estaban clavados en el marquito desaparecido de su casa.

—¿Qué fotografía puso ahí, doña?

—La de Paquito, por supuesto.

Desde la travesura de mi madre, todo lo veo desde mi pequeño marco, colgado en la pared de la cocina. Pero en su última visita, don Jonás tuvo la amabilidad de colgarle una telaraña.

PLAZA DE LA ALHÓNDIGA

Federico Fernández Christlieb*

La ciudad se me cae de las manos aquí, en la Plaza de la Alhóndiga. Y tenía que ser aquí, porque en cualquier otra plaza, en cualquier otra calle, en cualquier otro tiempo, la ciudad hubiera seguido firme. Aquí nos tiene este imbécil, entre borracho y tímido, con su navaja bien desfundada y sus amigos rapados que huelen a pulque y que nos aprietan el cuello y los brazos. Y yo que pensé que por ser primero de diciembre, inicio de sexenio, todos estarían viendo la toma de posesión por la tele. Es un buen día para pasear, me dijo la Gorda, mi compañera de siempre. Cómo lo siento por ella: le acaban de quitar su nueva cámara de fotos.

Esta plaza somos nosotros dos. Aquí vino a traerme cuando pretendía enamorarme dizque para enseñarme el sitio por donde antaño pasaban las trajineras que venían

* Nació en la Ciudad de México en 1962. Es geógrafo y maestro en Historia por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM); también es maestro y doctor en Geografía por la Sorbonne de París. Investigador del Instituto de Geografía de la UNAM y actual director de la UNAM-Canadá, ha publicado *Las modernas ruedas de la destrucción: el automóvil en la Ciudad de México* (1992), *Europa y el urbanismo neoclásico en la Ciudad de México* (2000), *Rumbo a la Ciudad de México* (2000), *México, ville néoclassique* (2002) y *Corografía y escala local: enfoques desde la geografía cultural* (2012). En Ficticia Editorial está antologado en el libro *También el último minuto. Cuentos de fútbol* (Ediciones del Futbolista, núm. 5, 2006) y escribió el prólogo de *El árbitro. Una prepotente existencia moral*, de Gustavo Marcovich (2010, EF núm. 8). Reside en Gatineau, Quebec.

desde Xochimilco. Más de una vez mi Gorda me trepó al pequeño puente empedrado para señalarme la acequia que venía del canal de La Viga y daba vuelta para irse por Corregidora hasta el Zócalo. Señalaba con su índice y decía que allí estaban bajando miles de flores y frutos para dejarlos en el tianguis de La Merced, pero yo sólo alcanzaba a ver los toldos de plástico de los puestos de fritangas y los camiones estacionados en plena plaza. Después, desde el mismo puente me hacía voltear hacia la alhóndiga en donde decía que la iglesia cobraba su diezmo: allí los curas coloniales retenían parte del maíz y del amaranto que los comerciantes habían embarcado para mercarlo en la Ciudad de México, pero mi vista y mi olfato sólo registraban perros flacos, mendigos vestidos con un costal, ratas diurnas y caca seca debajo de otra recién hehecita. La Gorda me pidió más de una vez que cerrara los ojos y que escuchara el ruido del agua de los canales navegados por esas trajineras y el pregón en náhuatl de algunos vendedores de chocolate y chiles de tantos aromas. Pero lo único que escuchaba era ese otro pregón con altavoces de los ambulantes vendiendo ropa interior y películas pirata. Pese a todo, era lindo ese manajo de colores y sensaciones. Era el mundo que nos habíamos hecho una o dos veces al mes.

De nuestras caminatas por el oriente del Centro nunca me quejaba. Al contrario, eran paseos maravillosos por una ciudad exótica, casi asiática, llena de olores y de roces con miles de personas: abogados en Venustiano Carranza, concheros en la plaza del Seminario, dulceros en Ampudia, papeleros en Mesones, arquitectos en Academia, maqui-llistas en Talavera, sombrereros en Tabaqueros, tlapale-ros en la plaza del Aguilita, teporochos en Manzanares, damas en Izazaga. La Gorda era mi guía incluso antes de hacerse estudiante de Historia y con los años aumentó

su amor por el pasado de la ciudad. El mismo recorrido, desde la iglesia de San Pablo Apóstol hasta la Plaza de la Alhóndiga era narrado cada vez de manera más interesante y amena. Primero como joven aprendiz, luego como licenciada en Historia, luego como esposa de un catedrático que yo nunca vi y más adelante como una madre de dos niños que intercalaba comentarios educativos. Igual de interesante y ameno era el regreso por La Soledad y por Moneda, donde comenzábamos a temblar como si fuera siempre la primera vez. La primera vez, por cierto, fue efectivamente en un oscuro hotel de la calle de Moneda, junto al Arzobispado hacia el que ella me empujó sin titubeos y al entrar al cuarto yo le hice de todo.

Muchos años de eso. La Gorda me encantaba entonces tanto como ahora. Después de la infaltable hora en el hotel, venía el baño —a veces de agua fría. Al salir, el paso era siempre más apresurado y cuando había mucho remordimiento nos separábamos en el metro Zócalo, pero cuando no había tantos, caminábamos del brazo hasta Allende o, ya sin tocarnos, al metro Hidalgo. Estos ya eran rumbos por donde podía haber algún conocido; en cambio, detrás del Palacio Nacional eran territorios de toda nuestra confianza, hasta el día de hoy en que esta pandilla de hijos de la chingada nos tiene amenazados.

La cámara de fotos que recién le regaló su marido no es suficiente. Quieren mi cartera, quieren mis zapatos y los de ella. Se los damos y nos sueltan. Y se van caminando sin siquiera voltear atrás. Son unos novatos que a media borrachera matinal han decidido hacerse héroes. Hasta sabemos los nombres de al menos dos porque no tuvieron ni el cuidado de ocultarlos: Vicente y Luis Carlos. Nos metemos descalzos la Gorda y yo a una mercería en la misma Plaza de la Alhóndiga, como para pedir cobijo. La dependiente

nos ofrece una silla. Todos conocen a los asaltantes pero nadie dice nada. Tal vez son sus primos pero no estamos ahora para averiguarlo. En la mercería está prendida la televisión y se emite la toma de posesión del presidente Calderón. En la pantalla hay una montaña de simios vestidos de traje sobre la tribuna del Palacio Legislativo. No se sabe quién es quién, pero allí, en medio, parece estar el nuevo gobernante diciendo sin decirlo: “agárrense porque así van a ser las cosas”. Ahora es el país el que se me cae a pedazos de las manos. Clavados los ojos en el televisor, la Gorda está indignada con el robo y sólo con el paso de los minutos me doy cuenta que le duele más el país que su cámara de fotos.

Meses atrás nos quedamos de ver en el Ángel y caminamos por el campamento de López Obrador, pensando en que todo tenía remedio. Ella sobre todo. Yo, más escéptico, miraba a los perredistas con enorme desconfianza, como chacales a punto de comer de la mano del amo. De Reforma avanzamos hasta Avenida Juárez, y luego Madero, Zócalo, Corregidora y Alhóndiga. Emocionada como estaba por tanta rebelión, esa fue la primera vez que me besó en público, allí, sobre el puente de piedra. No era demasiado valiente de su parte porque cuando vives en el sur, en el oriente de la ciudad nunca te encuentras a nadie conocido. Pero lo tomé como un gesto osado que subió de tono en el hotel más sórdido en que jamás estuvimos: una bodega sin nombre en la calle de Las Cruces: 35 pesos; el precio lo dice todo.

Es humillante retomar nuestro camino en calcetines por la plaza empedrada. Nunca la había visto tan sucia. Nos tomamos del brazo, más que por cariño, por temor a resbalar. Somos bastón uno del otro. Siento como que hemos perdido otra guerra. Ahora la ciudad derrumbada es un campo temible en el que todo nos puede pasar. Hay vidrios

en el piso. El mejor lugar, la plaza más bonita, el puente más romántico, son escondites para sombras que amenazan a plena luz del día. Rengueando, con chicles pegados a los calcetines, con marcas rojas en el cuello y los brazos, con lágrimas de desengaño, avanzamos hacia el Zócalo y ella no para de mentarle la madre a uno por uno de los chuchos, de los cárdenas, al PT, al PRD, a Convergencia y a un sinfín de nombres que desconozco. Su posición ha cambiado por completo. Le digo entonces que no se ensañe con los perredistas, que ellos no se robaron la elección. Ella me ve como para abajo, como si el no haber estudiado historia llevara consigo un pecado, y me dice: hicieron algo peor: consintieron el robo a cambio de sus putas curules.

Esta vez no hay hotel, ni siquiera café con leche. Todo el camino hacia el metro me hace ver cómo se ha perdido de nuevo una oportunidad para que México “cambie”; así lo dice como si la cosa fuera posible. La Gorda se empeña en recordarme el 88 y blasfema del pobre Cuauhtémoc. Yo entiendo poco. Ella dice que el PRD está en descomposición y se tapa las narices. Dice también que los legisladores no tienen vergüenza ganando esas sumas obscenas; “esta es una traición”, remata. Me quedo mudo ante la ira. En las cuerdas que rodean al Palacio Nacional hay policía y ejército, de manera que, además, hay que dar una caminata mayor hasta Pino Suárez con los pies mojados; no tenemos ni una moneda, ni un boleto del metro. La ciudad ya no es nuestra. Yo ya no soy de ella. Se me ha revelado como un montón de escombros en donde está desnuda mi ingenuidad.

Esa fue la última vez que nos vimos, de manera que no sólo se me había salido de las manos la ciudad y el país, sino también la Gorda, con toda su piel dulce y sus narraciones amenas. La vida cambió desde que nos quedamos sin ciudad. La amenaza del crimen se apoderó de ella de la misma

manera en que Calderón se trepó a la tribuna. Salir de casa está mal visto y la gente tiene ojos en la espalda. Yo no volví a la plaza de la Alhóndiga. ¿Para qué habría de hacerlo?

Se ha ido el sexenio del pasmo y de las cabezas cortadas. Hoy termina el gobierno de Calderón. En seis años no he ido a la plaza de la Alhóndiga ni una sola vez. No ha sido culpa de los políticos desvergonzados ni de los ladrones que nos asaltaron, sino de la Gorda que después de ese día ya no me escribió ningún correo electrónico, ningún mensaje al celular. Yo sí, pero nunca me contestó. Me conformé con acostumbrarme a leer a diario el periódico e informarme obstinadamente de la política mexicana. Estoy cansado de vivir en las ruinas de esta ciudad y de este país, deambulando a solas, temeroso de los asaltos e indignado por esa izquierda que hizo trizas nuestro horizonte. Después de seis años lo que más me enfada es que nunca nos pudieron probar el fraude. Si alguien se robó la elección del 2006 habría que castigarlo por ladrón, pero si los otros no pudieron probarlo, habría que castigarlos por pendejos. Nos olvidaron en el frente y eso no tiene perdón. En todo caso, por eso este año no conocí a nadie que votara. Nadie de mis conocidos cree nada y eso que nosotros no estudiamos historia. Pero como siempre, mexicanos a pagar el pato. Me duele el país como ella me enseñó a dolerme. Sin embargo su ausencia, la de la Gorda, esa, esa se me ha ido pasando. De hecho son sus antiguas conversaciones lo que me ha dado razones para seguir buscando. Este cansancio se me debe quitar y hoy es un buen día. No quiere decir que piense que el gobierno que hoy inicia por fin será mejor. De ningún modo. Pero el hastío no es un buen aliado para alguien entrado en los cincuenta.

Llego a la Plaza de la Alhóndiga. Está desierta, pero la mercería sigue ahí, con una televisión prendida como hace

seis años. Me meto y me siento en la misma silla de madera en que se sentó la Gorda en 2006. Ahí está la misma señora y el mismo señor que nos dejaron pasar después del asalto. Yo sigo creyendo que ellos supieron quiénes eran ese Vicente y ese Luis Carlos. La señora me reconoce y me aborda. A todos éstos ya los agarraron, me dice. No, si éstos no eran de aquí. Uno era de Morelia, el otro creo que de San Ángel y quién sabe los demás. Hay sol. La plaza me parece especialmente linda. En seis años le han quitado el empedrado y la han adoquinado, pero algo me dice que no importa. En seis años han quitado los camiones de la plaza, los toldos de plástico, los cientos de puestos de comida y de mercancía hecha en China. En seis años han instalado a varios policías en el rumbo y han limpiado la caca junto con los teporochos que la producían.

Camino por la Santísima Trinidad. En el jardín que antes tenía montones de *muertosdehambre* han hecho lo mismo y las calles parecen más amplias y más limpias. Camino por Corregidora: en seis años convirtieron los restos de la acequia colonial en una calle cualquiera con mucho tráfico y sin chiste. Pero tampoco me parece importante. Lo que me impresiona es que conforme avanza el día y ese, mi primer paseo en solitario por el oriente del Centro, la ciudad parece irse levantando. Le pido al poli que me deje entrar en el patio del exconvento de la Merced y accede. Subo al largo salón del piso superior y me inclino a ver República de Uruguay por la ventana. Suspiro... recuerdo a qué huele su champú. Doy la vuelta por el claustro alto; es un alucine: se escuchan los pájaros de la plaza García Bravo. Salgo transformado por esa arquitectura que abraza.

El buen humor me aborda y camino por Manzanares. La capilla que siempre estaba cerrada ahora está abierta. Tiene unos retablos dorados que la Gorda nunca vio. En

«ESTACIÓN CENTRAL TRIS»

ANTOLOGÍA

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN OCTUBRE DE 2012 EN
LOS TALLERES DE SERVICIO FOTOTIPOGRÁFICO S.A.

CERRO TRES MARÍAS, NÚM. 354,

COL. CAMPESTRE CHURUBUSCO, C.P. 04200, MÉXICO, D.F.

EL TIRAJE FUE DE 1000 EJEMPLARES.